

From the Pastor's Desk

This weekend 57 young people in our Faith Formation Program are receiving their **First Holy Communion**. It is an awesome moment in their young lives. For the first time, they will join us in the Eucharist of our Lord. They will join, in the most real sense, our community by physically receiving Christ: Body and Blood, Soul and Divinity.

The Sacrament of Communion, which our young people are receiving this weekend, is the **“source and summit”** of our faith. Following Baptism, which allows us to partake of the other sacraments, the Eucharist is the most important sacrament – one that we participate in again and again. (The Church directs us to receive the Eucharist at least once a year, most especially during the Easter season.) By physically receiving Christ's glorified Body in the Eucharist, we partake of Christ's once-for-all sacrifice. His Sacrifice is always pleasing to God the Father and enables us the opportunity to live forever in God's glory.

The bread and wine offered in the Sacrament of Communion are an outward sign of bodily nourishment. This offering of bread and wine is transformed during the Eucharistic Prayer into Jesus Christ's Body and Blood, Soul and Divinity. When we worthily receive Jesus Christ in the Eucharist, He connects us to each other in His living Self. We gain spiritual nourishment through Christ's very life, or grace.

Although the Eucharist may appear to be bread and wine, Jesus' words and our belief in Him allow us to “see” Jesus Christ in the Eucharist – to physically encounter him and know that He is really and fully present to us in the Eucharist.

This encounter with our Lord is an awesome moment and one that we want to repeat every Sunday, or even every day.

Let us pray that our young people receiving their First Holy Communion may experience God's grace in the Eucharist and constantly nourish themselves at the altar so that they may receive the guidance and strength of Christ to lead holy lives of self-giving love.

In receiving Christ, may they – and we, manifest Christ's life to the world.

Fr. Brian Kean

Desde el Escritorio del Párroco

Este fin de semana 57 jóvenes en nuestro Programa de Formación en la Fe están recibiendo su **Primera Comunión**. Es un momento increíble en sus vidas. Por primera vez, se unirán a nosotros en la Eucaristía de nuestro Señor. Se unirán, en el sentido más real, a nuestra comunidad al recibir físicamente a Cristo: Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad.

El Sacramento de la Comunión, que nuestros jóvenes están recibiendo este fin de semana, es la **“fuente y cumbre”** de nuestra fe. Después del Bautismo, que nos permite participar de los otros sacramentos, la Eucaristía es el sacramento más importante, en el que participamos una y otra vez. (La Iglesia nos dirige a recibir la Eucaristía al menos una vez al año, especialmente durante la temporada de Pascua). Al recibir físicamente el Cuerpo glorificado de Cristo en la Eucaristía, participamos del sacrificio de Cristo ofrecido una vez para siempre. Su Sacrificio es siempre agradable a Dios Padre y nos da la oportunidad de vivir para siempre en la gloria de Dios.

El pan y el vino ofrecidos en el Sacramento de la Comunión son una señal externa de alimentación corporal. Esta ofrenda de pan y vino se transforma durante la Plegaria Eucarística en el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo. Cuando recibimos dignamente a Jesucristo en la Eucaristía, Él nos conecta unos con otros en Su Ser viviente. Obtenemos alimento espiritual a través de la misma vida o gracia de Cristo.

Aunque la Eucaristía pueda parecer pan y vino, las palabras de Jesús y nuestra creencia en Él nos permiten “ver” a Jesucristo en la Eucaristía, encontrarlo físicamente y saber que Él está real y plenamente presente para nosotros en la Eucaristía.

Este encuentro con nuestro Señor es un momento maravilloso y que queremos repetir todos los domingos, o incluso todos los días.

Oremos para que nuestros jóvenes que reciben su Primera Comunión experimenten la gracia de Dios en la Eucaristía y se sigan alimentando siempre en el altar para que puedan recibir la guía y la fuerza de Cristo para llevar una vida santa de amor abnegado.

Al recibir a Cristo, que ellos, y nosotros, manifestemos la vida de Cristo al mundo.

Padre Brian Kean